

**Víctor Ruiz Iriarte**

*Crónica*

## **Mercaderes del arte**

Las gentes, en su afán de exotismo e innovación, caen a veces a sabiendas de su torpeza en el pecado sacrílego de vituperar las propias obras que debieran enorgullecernos. Es el delito de la inconsciencia, que parece moralmente unido al hombre en sus instintos, y es causa principal de nuestros defectos. O es la torpe vanidad de querer superar a los que nos precedieron con el destrozo de lo que nos dejaron. Mejor será que la ambición y el egoísmo de algunos –tan lógico a veces, tan funesto en ocasiones– no reconozca límites, ni repare conveniencias. Y en ese ansia de utopismo y embriagados por el ambiente dorado de la ambición, hay quien piensa como el poeta, en un momento de escepticismo:

Ni amor canto ni hermosura,  
porque ésta es un vano aliño.  
Y además,  
aquél una sombra oscura...

Aun cuando en la existencia de algunos sean todo sombras y aliños de negociante; en contraste violento, con el romanticismo y la poesía con que trafican como modernos mercaderes a lo yanqui en el sublime Templo del Arte.

\* \* \*

He aquí una muestra inequívoca de lo que antecede. Según el despacho del corresponsal de un periódico madrileño, en uno de estos días, en la ciudad parisién, y aureolado por su ambiente frívolo de música de gramola en cabarets de poca monta y sonidos de tango apache del arrabal, se verificará un juicio sobre la legitimidad de unas canciones, ilustraciones musicales, de la película «Don Quijote de la Mancha», ante el Tribunal de Comercio. Hace pensar esto que es tan grande el afán extravagante de la Humanidad, que pugna por humillar al gran hidalgo, primer extravagante de los siglos. Y pretende nada menos que asombrar a todos con el brillo resplandeciente de un pleito jurídico, que al tiempo que causa alegría en unos y desilusión en otros, sea fantástica antorcha que ilumine espléndidamente los anuncios de la película. A nosotros no puede importarnos que monsieur Ravel tenga o no tenga razón sobre la paternidad de su musa española plasmada en sus canciones. Lo importante para todos los españoles –y no españoles, basta con sentir devoción por el arte de los antepasados–, lo importante, repito, y muy doloroso a un tiempo es que sean un pedazo de nuestra sensibilidad y un tomo de la biblioteca de nuestro saber lo que ande en pleitos y litigios de curiales. Y esto es para nosotros motivo de indignación y de íntima protesta. Es nuestra clásica rebeldía innata en nuestro temperamento meridional. Es como si en las alas fantásticas de un avión iluminado llevaran rota y truncada, para burla de los demás, la fuente de nuestra inteligencia. Es la vida de todos y de cada uno lo que esculpió, como soberano artífice, en las páginas del «Quijote» Miguel de Cervantes Saavedra.

Y ese orgullo nuestro de españoles que ponemos en nuestro labios con suficiencia soñadora cuando hablamos con algún extranjero de las glorias de nuestra patria y que nos llena de satisfacción infinitamente más que las hazañas inquisitoriales de Felipe II, se siente un poco humillado y escarnecido. Es consecuencia ineludible del atavismo de la raza. La voz imperiosa

que impulsa al hombre a enorgullecerse de los que vivieron antes que él, aun a trueque de avergonzarse de la vida que consume en el presente.

\* \* \*

Si por una virtud imposible y sobrenatural el espíritu de Cervantes volviera a nosotros, ¿qué indignación sería la suya? Quizá su primer reproche sería a su misma conciencia por haber creado en la sórdida oscuridad de una prisión la magna obra, que tantos han explotado y tan pocos han sabido comprender. El libro mágico, que es enseñanza para maestros sabios y deleite infantil para discípulos ingenuos. Y probablemente con su airada actitud impidiera la disputa publicitaria de la supremacía de unas canciones, ilustraciones musicales de un obra que nació para ilustrar, no para ser ilustrada; que creó para ser leída, no para que sus profundas filosofías suenen a música de «jazz-band» en la pantalla parlante de un cinematógrafo moderno.

Pero la vida no es fantasear. La vida es realidad. Un poco cruel, pero realidad. Y Cervantes no volverá a nosotros, si no es con su recuerdo impecadero. No obstante, todos desearíamos que el Ingenioso Hidalgo, ayudado por el Sancho refranero y filósofo, limpiara a golpes de lanza el camino eterno de su gloria, que tratan de enlodar con sus ambiciones los modernos mercaderes del arte.